

LA RIBERA DEL DUERO

TEXTO INTRODUCTORIO

La Ribera del Duero, al sur de la provincia de Burgos, es un claro ejemplo de paisaje cultural, domesticado, lo que no impide ver los elementos naturales que hacen de la Ribera una comarca geográficamente bien definida por un conjunto de valles e interfluvios labrados por el río Esgueva y el río Duero. Las estribaciones del Sistema Ibérico -Peñas de Cervera con la Valdosa (1.412 m)- y la Serrezuela de Pradales -Peña Cuervo (1.377 m)- constituyen los únicos relieves bien marcados que delimitan este espacio por el norte y por el sur.

En el territorio de la Ribera coexisten elementos que corresponden a una evolución de la naturaleza y a la herencia de una historia humana muy prolongada en el tiempo. El espacio actual es un producto histórico resultado de una organización del territorio desde muy antiguo y con mayor intensidad desde la Edad Media. Es una zona llana, de espacios abiertos y despejados que proporciona amplios horizontes, en los que resultan visibles los relieves que marcan el perfil oriental de esta comarca -las sierras del Sistema Ibérico- y el borde general de la cuenca sedimentaria, el Sistema Central. Pero no es una llanura, sino llanuras diversas -páramos, valles, terrazas, cerros, tesos- que comparten la planitud. El protagonista principal de este relieve es el Duero. Precisamente cuando este río dice adiós a Soria, por San Esteban de Gormaz, se dulcifica y se ensancha, y atraviesa las tierras burgalesas formando una amplia vega, que discurre entre campos sembrados y cuevas y colinas plantadas de viñedos. Es corto su recorrido pues al poco de bañar las tierras de Roa se adentra en la provincia de Valladolid, pero muy importante su acción modeladora. Cuando sale de la Ibérica, sus aguas comienzan a discurrir por los sedimentos terciarios que rellenan la cuenca sedimentaria de Castilla la Vieja y ensancha su lecho con facilidad labrando un amplio valle de fondo plano en forma de artesa y unos páramos muy lacerados por la erosión de los ríos que se le unen: Arandilla, Aranzuelo, Bañuelos, Gromejón y Riaza. A su vez, un sistema denso de arroyos que muerden en los interfluvios han contribuido a formar esa gran vega y un paisaje ondulado y abierto, de valles de suaves laderas, de lomas y vaguadas, de cuevas tendidas y pequeñas vargas, de terrazas y cerros testigo entre los que, el páramo de Quintanamanvirgo, sobresale como una destacada referencia espacial.

A pesar de lo que pueda suponerse, esta fértil ribera ofrece una gran diversidad paisajística y permite disfrutar de sorprendentes perspectivas por inesperadas. El protagonismo en la Ribera lo tienen los corredores verdes o sotos serpenteantes, importantes bosques de galería, que acompañan el discurrir sinuoso de los ríos principales, y las pequeñas arboledas, carrizos y junqueras que marcan la presencia de arroyos y acequias de riego. Su presencia crea un ambiente de frescor que suaviza las altas temperaturas del verano. El verde cubre también los suelos pedregosos de las cuevas o de las superficies de los páramos y algunas plataformas de terrazas donde se desarrollan bosquetes de encina, carrasca, quejigo, sabina albar o manchas de pinares y matorral: son magníficos lugares para pasear en el invierno. Este color predomina también en el terrazgo -el verde del viñedo y de los regadíos de las vegas-, aunque contrasta con el dorado mar de cereales que se cultiva en las superficies de los páramos. En éstos, una vez recogida la cosecha, es la propia tierra la que cobra protagonismo cromático en barbechos y rastros, y son los terrones, los eriales y baldíos los que dan un renovado color al paisaje en el que se atisba el lento tránsito de los rebaños de ovejas. Con un clima mediterráneo continental, es, sin duda, el otoño una de las estaciones que permite disfrutar de las suaves temperaturas y de salir al campo a recoger setas y todo tipo de fruta. Es también el tiempo de la vendimia y el momento en el que el paisaje de ribera se llena de color.

Los pueblos de la Ribera del Duero mantienen en buena medida su herencia medieval, hay en ellos muchas señales de la repoblación. Los rasgos esenciales de la estructura del poblamiento - asentamientos en pequeños núcleos muy cercanos entre sí, con su terrazgo labrantío y su monte-, su morfología y tipología conservan evidentes concomitancias históricas. Una historia de campesinos y señores, de monjes y soldados que muestra sus raíces romanas y ofrece impresionantes monasterios, magníficas iglesias, palacios, casas señoriales y castillos de gran espectacularidad, pero también modestas construcciones de viviendas de adobe, tapial y madera, barrios de bodegas, apriscos y corrales, creando admirables conjuntos de arquitectura popular como Caleruega, **Peñaranda de Duero**, **Gumiel de Izán** o **Sotillo de la Ribera**. La abundancia de castillos siguiendo la línea del Duero es consecuencia del carácter estratégico de esta comarca durante la Reconquista, como el propio emplazamiento de los núcleos de población en lo alto de cerros y terrazas, una ventana que domina un amplísimo territorio al sur del Duero hasta la Cordillera Central. **Aranda**, **Roa**, **Guzmán** o **Haza** constituyen magníficas atalayas que dominan las tierras de Duero. Murallas, torres castelleras y las propias torres de las iglesias se miran en su cuenca como elementos defensivos y de vigía consecuencia de una historia muy compleja.

El río Duero, que en tiempos pasados fue frontera entre los reinos cristianos del norte y los musulmanes del sur, hoy es un río que une y vertebrado a todas las comunidades asentadas en su valle -une a Burgos con el resto de Castilla y a España con Portugal- y discurre lleno de historias y de vida que han dado forma a un mismo paisaje cultural: el emplazamiento defensivo y de vigilancia es propio de todos los asentamientos establecidos en este gran eje fluvial, desde Soria a Oporto, y lo mismo sucede con el paisaje de la vid y el vino, protagonista indiscutible desde que los romanos introdujeron su cultivo y los asentamientos monacales en la Edad Media renovaron las técnicas de producción y elaboración del vino.

La Ribera del Duero burgalesa se caracteriza por una dedicación productiva fundamentalmente agrícola, cerealística y de regadío, de frutales y siempre de viñedo, con un aprovechamiento ganadero admirable de montes y ribazos, de barbechos y rastrojeras en los que pastan los rebaños de corderos -oveja churra- que tanta fama dan a esta tierra. Por estos pagos también tiene importancia la caza y no se puede minimizar el interés que, para la pesca, tiene esta zona fluvial del Esgueva, Duero y Rianza. Siempre ha sido así y estos usos tradicionales han configurado un paisaje con fuerte valor patrimonial.

Con todo, lo más sustancial e individualizador de esta comarca agrícola es el uso vitivinícola del suelo que caracteriza tanto la superficie de cultivo del viñedo como las construcciones asociadas a la elaboración del vino: bodegas, zarcas y lagares. El vino y el viñedo confieren a esta comarca, además de las características económicas, unos rasgos socioculturales acusados. El carácter amable y la cordialidad de sus gentes hace posible el éxito de cualquier empresa. La cultura del vino, la gastronomía, la historia, el arte... constituyen una fiesta patrimonial con suficiente interés como para confiar en este espacio a la hora de celebrar diversos acontecimientos, desde los más clásicos y sencillos de índole familiar y doméstica hasta los más complicados como puede ser el de sellar el más arriesgado negocio.

La Ribera tiene una tradición vinícola con más de dos mil años, pero ha alcanzado la fama comercial desde que en 1982 se creara el Consejo Regulador de la Denominación de Origen Ribera del Duero. Lo más destacable ha sido la transformación de la economía tradicional en una economía moderna de mercado basada en una revolución tecnológica y en una producción de calidad, sin cambiar su paisaje agrícola, en el que la única novedad es la edificación de algunas bodegas en las que se incorporan los nuevos usos y estilos arquitectónicos, e introducen una imagen de modernidad

en medio de la tradición, pues son varios los bodegueros que mantienen el uso de las históricas bodegas tradicionales, aportando al vino una imagen de marca y de calidad ligada al patrimonio cultural de la región. Precisamente esta arquitectura auxiliar asociada al vino es la que constituye una de las referencias tangibles y simbólicas de esta tierra. Orientados al norte en las cuestas de páramos y terrazas, los barrios de lagares y bodegas, con sus puertas de madera calada y las zarceras de piedra, ofrecen una sencillez, funcionalidad e integración en el paisaje que dan una belleza singular a los pueblos de la Ribera. Su espectacularidad está bajo tierra, donde un complejo entramado de galerías permitía la elaboración y crianza de los vinos de la Ribera. En los núcleos de mayor población las bodegas subterráneas se encuentran debajo del caserío, como sucede en Peñaranda, Gumiel, Roa o como en Aranda, donde forman un conjunto interesantísimo con una red de varios kilómetros de longitud de galerías intercomunicadas entre sí por debajo de la mayor parte de su casco histórico. Hoy se mantienen y a su antigua función de almacenamiento de vino se ha añadido la recreativa y turística gracias a la ocupación de estos espacios por distintas peñas, que tienen en ellas sus sedes y celebran fiestas y reuniones, además de mostrarlas al público.

Aunque haya desaparecido el uso de las bodegas como espacio productivo ligado a la economía doméstica, ha aumentado en toda la comarca el interés por estas construcciones como lugares de expansión y de relación entre familiares y amigos. Muchas bodegas tienen un uso especialmente lúdico y éste es un fenómeno singular y característico que se acentúa aún más en verano, época en que los barrios de bodegas se convierten en el espacio de esparcimiento para los habitantes y visitantes que aprecian las agradables veladas en que se comparten almuerzos y meriendas.

El desarrollo económico que ha experimentado la Ribera en las últimas décadas, ligado a la producción del vino, ha generado riqueza y dinamismo en el medio rural capaz de fijar población que opta por vivir en unos pueblos que ofrecen calidad de vida y posibilidades de desarrollo social y cultural. Esta comarca tiene la ventaja de contar con un núcleo fuerte de población, Aranda de Duero, de carácter multifuncional, pues siendo agrícola y ganadero, tiene un importante polígono industrial y es el centro comercial y de servicios para toda la comarca, además de centro de una oferta enoturística bien estructurada, que tiene como pilares el disfrute de los bienes patrimoniales. A tan sólo una hora de viaje, o poco más, de ciudades importantes como Burgos, Valladolid o Madrid, la comarca de la Ribera conserva un notable dinamismo demográfico y social en los momentos actuales y es una de las más prósperas en el conjunto de la provincia. **B.B.**